

de los trabajadores golpeaban la mesa en el país y tenían a su gente encabezando ministerios y empresas del Estado. Muchas de éstas habían pasado al “área social” de la economía.

Eramos jóvenes e inexpertos. Me sentía feliz de pertenecer al sector más avanzado de la UP, como era la IC liderada por Bosco Parra. Pesaba mucho en mí la influencia de mis compañeros de la “Legión Extranjera”, la admiración por la revolución cubana y el ejemplo del Che, de quien yo me sentía más cerca a raíz de nuestra amistad con Ciro Bustos.

A todo esto, la situación había cambiado en la Argentina. El dictador Alejandro Agustín Lanusse se había ido derrotado por las fuerzas peronistas y Héctor Cámpora había tomado el poder. Sobrevino una amnistía y los exiliados pudieron regresar. Ciro Bustos comenzó a hacer las maletas. Su esposa Ana María Castro y sus niñas partieron antes para preparar el retorno: tantear posibles amenazas, buscar dónde vivir y contactar amigos que los ayudaran a conseguir trabajo. Ciro partió poco después, en agosto de 1973, rumbo a Buenos Aires y luego a San Rafael, donde vivía su hermano Avelino, su más cercano, y quien lo había venido a visitar a Santiago meses antes.

Antes de irse nos dejó una hermosa prenda en guarda: una chaqueta de cuero café claro que había pertenecido al Che y que éste le había regalado al momento de acatar su orden de abandonar la guerrilla. Nos la entregó explicando: “Por las dudas de lo que pueda ocurrir en mi país, prefiero dejarla en manos seguras... Ya habrá tiempo para juntarse con ella otra vez”.

Para nosotros fue una emoción gigante: ¡tener en las manos la chaqueta del Che Guevara! La guardamos cubierta con un nylon en el closet de la pieza de nuestro hijo Ignacio. La mantuvimos allí dos años, contemplándola a hurtadillas y regocijándonos con ese lindo secreto que no contamos a nadie. Y cuando pudimos viajar a la Argentina, en el verano de 1975, la llevamos y devolvimos a su dueño.

Semanas después llegó el tan anunciado y tan temido golpe de estado en Chile.

EL GOLPE DE ESTADO

Aquella mañana del martes 11 de septiembre de 1973 nos levantamos temprano como siempre, para iniciar la rutina diaria: asearnos, desayunar,

llevar a nuestros hijos al jardín infantil, para luego seguir hacia el centro de la ciudad con destino a nuestros lugares de trabajo.

Estábamos vestidos ya, dándonos los últimos afeites, cuando la radio transmite la noticia: la Marina está amotinada en el puerto de Valparaíso donde desde hacía poco se desarrollaba la Operación Unitas con la Armada de Estados Unidos... Súbitamente, irrumpe en el dial una voz distinta a un locutor anunciando que se transmite desde un cuartel de las Fuerzas Armadas en Santiago. Informa que, ante “el desorden generalizado que reina en el país”, el gobierno de la Unidad Popular no puede continuar y han debido tomar las riendas para hacerlo gobernable enmendando rumbos... A los ciudadanos se le aseguraba que nada tenían que temer, que “los trabajadores no perderán ninguno de sus derechos”, que se mantuvieran en calma, y que en lo posible no fueran a sus lugares de trabajo y permanecieran en sus casas...

Sintonizamos otras emisoras y... ¡la misma voz desde un cuartel advirtiéndole que los militares avanzaban hacia La Moneda! Se ordenaba a sus moradores, con el Presidente Allende a la cabeza, entregarse y salir, pues a las 11 de la mañana el Palacio de Gobierno sería bombardeado... La amenaza se dirigía también a la casa de calle Tomás Moro, en Las Condes, residencia familiar del Presidente.

Nos quedamos helados. El día fatal del golpe militar había llegado.

Desesperados buscamos en el dial y comprobamos que la mayoría de las radios, todas en manos de la oposición de derecha, transmitía en cadena los boletines militares. Las emisoras nuestras alineadas contra el fascismo, como Corporación (del Partido Socialista) y Nacional (del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR) ya habían sido silenciadas con bombas en sus plantas transmisoras. En ese momento de angustia y desolación, sólo quedaba en el aire Radio Magallanes (del Partido Comunista), y para nuestro alivio esa mañana, escuchamos la voz de nuestro amigo locutor y *disc jockey* (como se les llamaba entonces a los conductores radiales de música popular) Agustín Fernández, alentando a los auditores. Con voz firme decía que Allende no cejaría, que seguiría adelante su mandato con la ayuda de todos los chilenos democráticos y concluyó repitiendo la última consigna: “No a la guerra civil”... En fin, todo un discurso (que más tarde supimos leía de las páginas del diario *El Siglo* de ese día) de apoyo al gobierno y de resistencia a la violenta embestida de la derecha.

Estábamos impactados. Pese a que los rumores del golpe se escuchaban hacía semanas, no estábamos preparados. Nos mirábamos las caras sin saber qué hacer. Ya eran pasadas las 8 y media de la mañana y en días normales ya iríamos rumbo al trabajo. Pero seguíamos petrificados escuchando radio Magallanes.

No pasaron muchos minutos cuando en medio de ruidos por dificultades de transmisión, pudimos escuchar la voz del Presidente Allende en sus magníficas y conmovedoras últimas palabras. Denunciaba a los traidores a la patria —aunque moriría sin conocer nunca cuál fue el traidor principal— y llamaba al pueblo a defenderse, pero a no dejarse acribillar:

“Seguramente ésta será la última oportunidad en que pueda dirigirme a ustedes. La Fuerza Aérea ha bombardeado las torres de Radio Portales y Radio Corporación. Mis palabras no tienen amargura sino decepción. Que sean ellas el castigo moral para los que han traicionado el juramento que hicieron: soldados de Chile, comandantes en jefe titulares, el almirante Merino, que se ha autodesignado comandante de la Armada, más el señor Mendoza, general rastrero que sólo ayer manifestara su fidelidad y lealtad al Gobierno, y que también se ha autodenominado Director General de Carabineros. Ante estos hechos sólo me cabe decir a los trabajadores: ¡Yo no voy a renunciar! Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo. Y les digo que tengo la certeza de que la semilla que hemos entregado a la conciencia digna de miles y miles de chilenos, no podrá ser segada definitivamente. Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos.

“Trabajadores de mi Patria: quiero agradecerles la lealtad que siempre tuvieron, la confianza que depositaron en un hombre que sólo fue intérprete de grandes anhelos de justicia, que empeñó su palabra en que respetaría la Constitución y la ley, y así lo hizo. En este momento definitivo, el último en que yo pueda dirigirme a ustedes, quiero que aprovechen la lección: el capital foráneo, el imperialismo, unidos a la reacción, creó el clima para que las Fuerzas Armadas rompieran su tradición, la que les enseñara el general Schneider y reafirmara el comandante Araya, víctimas del mismo sector social que hoy estará en sus casas esperando con mano ajena reconquistar el poder para seguir defendiendo sus granjerías y sus privilegios.

“Me dirijo, sobre todo, a la modesta mujer de nuestra tierra, a la campesina que creyó en nosotros, a la abuela que trabajó más, a la madre que supo de nuestra preocupación por los niños. Me dirijo a los profesionales de la Patria,

a los profesionales patriotas que siguieron trabajando contra la sedición auspiciada por los colegios profesionales, colegios de clase para defender también las ventajas de una sociedad capitalista de unos pocos.

"Me dirijo a la juventud, a aquellos que cantaron y entregaron su alegría y su espíritu de lucha. Me dirijo al hombre de Chile, al obrero, al campesino, al intelectual, a aquellos que serán perseguidos, porque en nuestro país el fascismo ya estuvo hace muchas horas presente en los atentados terroristas, volando los puentes, cortando las vías férreas, destruyendo los oleoductos y los gaseoductos, frente al silencio de quienes tenían la obligación de proceder. Estaban comprometidos. La historia los juzgará.

"Seguramente Radio Magallanes será acallada y el metal tranquilo de mi voz ya no llegará a ustedes. No importa. La seguirán oyendo. Siempre estaré junto a ustedes. Por lo menos mi recuerdo será el de un hombre digno que fue leal con la Patria.

"El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse arrasar ni acribillar, pero tampoco puede humillarse.

"Trabajadores de mi Patria, tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo en el que la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor.

"¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores!

"Estas son mis últimas palabras y tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano. Tengo la certeza de que, por lo menos, será una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición".

De pronto se acabó la transmisión. La radio había sido silenciada por bombas.

La emoción se nos hacía incontenible... La pesadilla era cierta y el golpe, la dura realidad.

Súbitamente sentí mi responsabilidad de militante de un partido del gobierno popular, la Izquierda Cristiana, y decidí que tenía que ir a mi oficina en la Editora Nacional Quimantú y resolver allá, con mis compañeros, qué hacer. Claudio vio la firmeza de mi decisión en mis ojos y, como siempre, me apoyó: me iría a dejar en el auto y luego seguiría a ver qué pasaba en el centro y en su lugar de trabajo, la empresa El Mercurio, donde era presidente del sindicato de empleados administrativos y uno de los escasísimos dirigentes en ese lugar que apoyaban al gobierno.

Partimos mudos por Vitacura y la Costanera Andrés Bello hacia Plaza Italia. Me bajé en Avenida Santa María 076 y él siguió al centro, a Compañía con Morandé. Pero no logró pasar los puentes del Mapocho que estaban bloqueados por militares y tuvo que devolverse. Se quedó esperando en la acera, mientras yo volvía con la información necesaria.

Entretanto, yo ingresé a Quimantú y al cruzar el hall de entrada observé escaso movimiento en los diferentes pisos. Todo muy calmado, acallado el bullicio diario como con sordina. Empleados y periodistas serios, concentrados, conversaban en pequeños grupos hablando en voz baja.

Llegué a mis oficinas de Documentación y de inmediato me di cuenta de que ya no era la “Legión Extranjera”: no estaba ninguno de mis compañeros latinoamericanos exiliados. Ciro Bustos había partido días antes y nuestra jefa, Teté Moraes, con un sexto sentido tal vez agudizado por sus experiencias, también había abandonado el país un mes antes dejándome a cargo. Tampoco estaba el otro brasilero, Chico López de Oliveira, ni mi amigo y colega Payo Grondona... Sólo divisé otros compañeros chilenos: Dina, la secretaria, y su pareja Mario Tapia, más trabajadores de otros lados que venían a intercambiar información y opiniones. Todos tensos y conmocionados...

De pronto aparece Guillermo Gálvez Rivadeneira, el jefe del CUP (Comité de Unidad Popular), quien con rostro impertérrito y actitud férrea nos informa que la Central Unica de Trabajadores, CUT, ordenaba que permaneciéramos en los puestos de trabajo. Era la orden del día. Lo que una quería recibir en esos momentos: qué hacer, dónde sentirse más útil, dónde cumplir una función en la emergencia que vivíamos y que no se parecía a ninguna experiencia anterior.

Salí a la calle y me acerqué a la Renoleta, donde Claudio ya me esperaba, y con voz solemne, ronca por la tensión, le dije: “Hay que quedarse...” “¿Estás segura?”, me replicó, mirándome profundamente a los ojos. “Sí”, respondí más firmemente aún. “Entonces –dijo– yo también me quedo...”

Me sentí conmovida y reconfortada porque eso significaba por sobre todo, amor...y compromiso con nuestra causa. Ambos supimos que con esa decisión estábamos dispuestos a todo para defender al gobierno popular. Y en casa quedaban nuestros niños de 4 y 2 años... imagen que instintiva y

tácitamente ambos decidimos borrar de la mente, lo que por años golpearía nuestras conciencias. Pero en ese momento de traiciones y violencia, sentimos que respaldar al Presidente Allende era lo que debíamos hacer.

Estacionó el auto, lo cerró y ambos entramos a Quimantú a unirnos a los compañeros.

Una vez dentro, para observar el entorno nos asomamos desde uno de los balcones de mis oficinas que quedaban en un segundo piso. Vimos unos tanques estacionados al otro lado del río Mapocho, en los jardines de la Plaza Italia. Sus cañones apuntaban directamente hacia Quimantú. Claudio se acercó a Mario Tapia, el compañero más revolucionario, el que siempre defendió el “foquismo” y la lucha armada, y le preguntó: “Bueno, y ¿hay con qué defenderse?” “No sé...”, respondió encogiéndose de hombros. Miramos a otros compañeros: todos se veían perplejos, como nosotros, sin saber cuál era el próximo paso ...

Guillermo Gálvez, que recorría toda la empresa comunicando las instrucciones de la CUT, vuelve a pasar. No tenía más novedades. Repitió que teníamos que quedarnos en nuestros puestos de trabajo. Apelando a su calidad de dirigente gremial Claudio se acerca a él y lo interpela: “Bueno, compañero, y ¿con qué nos vamos a defender?... ¿Hay armas aquí?...” Gálvez lo miró con su rostro impertérrito y le respondió en un tono mezcla de orgullo y dignidad comunista: “No, compañero, aquí **no** tenemos armas” (Guillermo Gálvez es detenido desaparecido desde 1976).

Claudio me miró y me dijo con voz muy firme: “Entonces, Lidia, ¡vámonos de aquí!” Yo lo miré sorprendida, sin atinar a moverme, girando la mirada entre Gálvez y él. “Espera un poco –repliqué como para ganar tiempo–, voy a ver a la Marcela” y partí al piso superior ver a mi cuñada que trabajaba en ese tiempo de en la revista femenina *Paloma*, que dirigía Cecilia Allendes.

El ambiente ahí, todas mujeres, también era tenso y agitado. Pero todas firmes en sus puestos: Cecilia, Gaby Meza, Graciela Torricelli... Algunas sugerían comenzar a hacer vendas... Le conté a Marcela la situación: que Claudio estaba conmigo en Documentación y que habíamos decidido irnos para la casa en vista de que no había cómo defender ni el lugar de trabajo ni al gobierno. Marcela me contestó de inmediato que ella se quedaba porque así lo habían decidido todas sus compañeras y que ya habían mandado a buscar frazadas para pasar allí la noche.

Me pareció valiente la actitud de las “palomas”, pero mucho más atinado lo que decía Claudio. Además, me volvió la imagen de nuestros niños, dos personitas inocentes, solos en casa con la empleada...

A los pocos días supimos que los milicos dispararon contra el edificio de Quimantú, trazas de lo cual quedaron en algún muro, y luego lo allanaron ensañándose con revistas y libros. Y que poco antes la CUT había rectificado: los trabajadores debían irse a sus casas para evitar una masacre.

Las calles se veían vacías y el regreso se nos hizo largo. Pasamos a buscar a Ignacio al jardín infantil a pocos pasos de la casa y vimos a un vecino observando el panorama subido sobre un montículo de tierra, oteando el horizonte. Daba la impresión de ser un vigilante del bando golpista. Nuestros niños, tan pequeños, no se daban cuenta de lo que ocurría pero algo les traspasábamos de nuestra angustia, frustración y temor. Les explicamos que los milicos se habían apoderado del país y que estábamos tristes por eso.

En casa continuamos escuchando los boletines —los bandos, más bien— de la radiotelefonía militarizada que proseguirían durante todo el día. Por la noche oíamos disparos, ruido de aviones, de radiopatrullas y automóviles que corrían veloces por la Av. Kennedy, que quedaba a sólo dos cuadras de nuestra casa.

Esa noche conocimos a los generales traidores en la televisión.

Junto con el reportaje al bombardeo de La Moneda, un jubiloso Claudio Sánchez, reportero de Canal 13, entregaba noticias en medio del desorden y la humareda de la Plaza de la Constitución. Luego aparecieron los cuatro integrantes de la Junta Militar autora del “pronunciamiento” (durante años, los golpistas llamaron así al golpe): por el Ejército, Augusto Pinochet Ugarte, entonces jefe de la guarnición de Santiago y hasta hacía poco aparentemente leal al gobierno; por la Marina, José Toribio Merino, quien se impuso al titular, almirante Raúl Montero Cornejo; por la Aviación, Gustavo Leigh Guzmán, quien desalojó al general César Ruiz Danyau (posteriormente incorporado al gobierno golpista) y pronunció duramente ante la prensa la estremecedora frase: “¡Hay que extirpar de raíz el cáncer del marxismo!”; y por Carabineros, César Mendoza, que suplantó a José María Sepúlveda. Junto a ellos, como encargado de prensa, aparecía el periodista Federico Willoughby MacDonald.

Por la noche sentimos ruidos de balacera muy cerca y con mucha intensidad. Las ventanas del living eran grandes y sus vidrios de grosor normal llegaban hasta el suelo. Pensando que alguna bala loca nos podría alcanzar, nos tiramos al suelo junto a los muros que nos parecían más gruesos, temblando, rezando en silencio... La empleada lloraba, de nervios y tensión. Claudio y yo nos conteníamos para calmar los ánimos. Los niños dormían en su habitación, más a resguardo, lejos de los ventanales.

Días después supimos que uno de los pocos grupos armados de los nuestros intentó asaltar la Comisaría de Carabineros de calle Las Tranqueiras, Vitacura...

Terminamos el fatal día encerrados en casa, tratando de saber por radio o televisión lo que pasaba. Pero era inútil. Los medios estaban totalmente controlados por los golpistas. El intercambio de información por teléfono con amigos, breves y sin mencionar nombres, fue el alivio de esas horas. Alguien había oído la esperanzadora noticia de que el General Prats (jefe de gabinete de Allende) avanzaba hacia la capital a la altura del Cerro Chena al mando de un destacamento fiel del ejército... ilusiones, ciertamente.

Nos recomendaron sintonizar la radio en onda corta para tratar de enterarnos qué se decía desde fuera del país. La poníamos despacito, junto al oído para que no se oyera desde fuera. Con alegría logramos escuchar así Radio Habana y la BBC de Londres (a las que seguirían una de Alemania y Radio Moscú con su "Escucha, Chile").

Meses después tendríamos la gran satisfacción de escuchar por este medio el Primero de Mayo siguiente en la Plaza de la Revolución de La Habana, el discurso del mayor Otelo Saraiva de Carvalho, héroe de la "revolución de los claveles" en Portugal, de abril de 1974, celebrando el derrocamiento de la tiranía de 50 años de Oliveira Salazar. Ellos salían del largo túnel, nosotros recién estábamos entrando...

BAJO TOQUE DE QUEDA

Seguimos encerrados en casa del martes 11 hasta el jueves 13, en que al mediodía se levantó el toque de queda total pero sólo hasta las 15 horas.

Esa tarde tocan el timbre y al abrir, veo a un sonriente joven moreno, de barba y pelo largo, y pantalones rojo fuego: Chico López de Oliveira,

uno de mis compañeros brasileros de Documentación. ¡Tenía una pinta de guerrillero extranjero incuestionable! Desde el día 11, un bando militar establecía que todos los extranjeros eran terroristas y había que denunciarlos porque querían apoderarse de la patria.

De inmediato lo hice pasar y cerré la puerta aliviada de que entrara de una vez. Chico compartía departamento en Las Torres de San Borja con Payo Grondona. ¿Cómo había llegado hasta nuestra casa de Vitacura, distante unos 11 kilómetros, si apenas circulaban vehículos y no había locomoción por el toque de queda...? “¡Caminando!”, respondió satisfecho y contento de su hazaña. “¿No has visto los volantes que circulan contra los extranjeros?”, le preguntamos. Asintió y con su marcado acento brasilerero nos explicó: “Me vine tranquilamente caminando y sonriendo a todo el mundo como que yo estaba muy contento con el “pronunciamiento”, como le dicen”...

Luego de comer un plato de lentejas, su primer alimento en un par de días, Claudio le prestó sus implementos de afeitar tras convencerlo de que se quitara la barba. Yo le corté los cabellos demasiado largos para el gusto de los gorilas en el poder y quisimos darle otros pantalones para que no usara esos rojos tan llamativos, pero ninguno le calzó porque era muy delgado.

Conversamos sobre la inconveniencia de quedarse con nosotros, pues siendo compañero mío en la “Legión Extranjera”, lo más probable era que me allanaran la casa en cualquier momento. Entonces decidimos llevarlo donde mi cuñada Marcela, quien lo acogió, como a todos quienes golpeaban su puerta en esos días siniestros.

Por el Estado de Sitio decretado y su consecuente toque de queda, no pudimos salir hasta el día 13 al mediodía. La Junta Militar que asaltó el poder había ordenado que todos quienes aprobaran su acción colocaran la bandera chilena en sus casa. Muchos lo hicieron, también aquellos que actuaron por miedo. Ciertamente, nosotros no y al salir, comprobamos con satisfacción que los vecinos de enfrente, la familia de Marcos Miranda, amiguito de Ignacio, tampoco lo había hecho, pero sí las vecinas del lado, hija y madre, ambas de ascendencia alemana.

Fuimos a la casa de Marcela, situada a 30 cuadras de la nuestra, en Blaise Cendrars con Guillaume Apollinaire, cerca de Manquehue. Muchas casas lucían bandera en este barrio alto de clase media. Encontramos solamente

a nuestros sobrinos adolescentes Fernando, Darío y Marcelita, que estaban bien afortunadamente. Pensamos que Marcela seguía en Quimantú. Después nos contó que ni ella ni sus amigas continuaron acuarteladas en Quimantú el día del golpe como quisieron en un primer momento. Tras un allanamiento, tuvieron que desalojar, pero no hubo ningún enfrentamiento con los uniformados. ¿Cómo así?... Entonces era cierto: ¡no había armas en la peligrosa “editorial roja”, encañonada por tanques desde el otro lado del río!

Continuamos nuestro viaje de exploración por la ciudad callada como cementerio. Dimos una vuelta por Quimantú y sus puertas se veían cerradas. Seguimos deambulando. Circulaban escasos autos y poca gente por las veredas.

Estábamos todos muy atemorizados, pero con ganas de resistir. Desde la IC teníamos instrucciones de cómo pasar a la clandestinidad y nos habíamos preparado para ello, de modo que lo hicimos automáticamente el mismo día del golpe: todos compartimentados. Los contactos telefónicos eran muy breves y sin dar nombres ni direcciones. Durante todo ese largo toque de queda, me relacioné así con mis compañeros, cada uno desde su escondite. Principalmente con Myriam Saá, que era mi enlace. Constantemente me informaba acerca de lo poco que se sabía estaba ocurriendo y me alentaba en esos momentos de miedo y congoja.

Rosita Parisi me llamó desde las sombras el día que se levantó el toque de queda pidiéndome que fuera a buscarla a ella y a Verónica Martínez, ambas acuarteladas en el departamento de otra compañera, Pury Gaune, en un edificio de calle Vergara (por Alameda poniente), para llevarlas a sus casas. Era peligroso andar a pie por las calles y no había locomoción colectiva. Partimos con Claudio un poco temerosos porque no sabíamos en qué estaban ellas y si las habrían detectado o no los golpistas. Nos podrían estar esperando y caer también en la trampa... Todo podía pasar y esto fue muy común en los días y años siguientes, cuando la policía secreta DINA (Dirección de Inteligencia Nacional) estaba más organizada para la represión masiva.

Pero todo ocurrió tranquilamente. En esos primeros días, andaban tras presas mayores. Las compañeras nos esperaron en una esquina y las llevamos hasta sus casas. Primero a Verónica, quien vivía con su madre y hermano en José Domingo Cañas con Capitán Fuentes. Luego a Rosita, que vivía por

Vicuña Mackenna poniente en calle Litz, donde tantas veces nos juntaríamos luego a confeccionar panfletos y volantes y material contra la dictadura.

Al regreso, vimos a un hombre furioso trepando por la reja de un vecino que había colocado bandera en su casa, gritándole: “¡concha ’e tu madre!” mientras trataba de arriar la bandera y el dueño de casa lo tironeaba de la chaqueta para impedirselo. Admiramos a ese valiente que desafiaba a los milicos en plena calle y en medio de un Estado de Sitio.

En todos los barrios había cientos de volantes esparcidos por calles y aceras. Recogimos uno. Decía que habían llegado extranjeros marxistas a apoderarse del país y si conocíamos alguno, nuestro deber patriótico era denunciarlo a la comisaría más próxima...

OPERACIÓN PERSEGUIDOS-ASILADOS

Apenas levantado el toque de queda total el 13 septiembre, comenzó una actividad febril: por un lado, los golpistas a la caza de “rojos”, por el otro, los perseguidos buscando refugio en casas de amigos y luego en sedes de embajadas.

Cuando Marcela volvió a casa ese día, ya tenía varios “alojados”, amigos comunistas o de otra tendencia de izquierda que encontraban su generoso alero en su pequeña casa de Vitacura. Ubicación muy apreciada por los perseguidos por tratarse de un barrio de *momios*, donde los allanamientos eran menos frecuentes. Lo mismo valía para la nuestra, por lo que también la abrimos a varios compañeros.

Rosita me llamó un día para que la acompañara en una misión. Como estas cosas no se hablaban por teléfono, nos juntamos en la entrada principal del supermercado Almac de Vitacura, y me pidió acompañarla a ver a nuestro líder máximo, Bosco Parra, Secretario General de la Izquierda Cristiana. Estaba asilado en la Embajada de Cuba, provisoriamente acogida al interior de la Embajada de Suecia, a pocas cuadras del supermercado. ¡En el ojo del huracán! Quedé paralizada... Sentí cómo me latía el corazón.

Había vencido el temor ya una vez cuando participé con mis compañeros de Quimantú en la primera manifestación de protesta tras el golpe: el funeral de Pablo Neruda, el 25 de septiembre. Ocupamos la calle Bella-

vista marchando silenciosamente mientras hileras de soldados desde la vereda nos apuntaban con sus metralletas camino al cementerio. De pronto surgían algunos gritos: “¡Compañero Pablo Neruda... presente!” que nos ponían a todos los pelos de punta, de emoción y de miedo. Sensación de adrenalina acrecentada cuando en honor del poeta todos juntos cantamos “La Internacional” en el patio de entrada del Cementerio General.

Pero ahora, más consciente de lo que ocurría en el país, el miedo me inmovilizaba para entrar a la embajada cubana.

Nos estacionamos a cierta distancia y le dije a Rosita que yo me quedaba en el auto esperándola. De sólo pensar en que alguien nos fotografiara mientras entrábamos a la sede de los diplomáticos de Cuba, a punto de ser expulsados del país, me temblaban las piernas. Rosita sonrió, comprensiva, y fue ella sola a la cita con toda tranquilidad. Al regreso, me contó que Bosco estaba bien y que me mandaba saludos. Ella y otros compañeros lo visitaron muchas veces, para recibir instrucciones e intercambiar un bien muy preciado en esos días: información de lo que ocurría.

Al parecer, sólo la embajada cubana me atemorizaba, pues muy pronto saqué fuerzas para enfrentar otras al incorporarme a la tarea de asilar en ellas a compañeros perseguidos.

Nuestra amiga y colega Amanda Puz, subdirectora de revista *Paula*, había logrado asilar a un hermano mirista en la embajada de Honduras, situada en Avenida Américo Vespucio. Y mi cuñada Marcela, su vecina y amiga, necesitaba salvar a su pololo de entonces, Sergio Díaz Carrera, un cineasta guatemalteco que trabajaba en Chile Films. Un “enemigo” de los más buscados por los milicos esos días: extranjero y, por si fuera poco, comunista.

Amanda sabía que en esa embajada era fácil asilar personas y nos condujo hasta el lugar. Partimos en auto con el “Guatemalo” escondido en el suelo del asiento trasero. Rogábamos que ningún milico o paco nos detuviera para revisar el auto, medida de común ocurrencia en esos días. Afortunadamente no pasó nada y llegamos al lugar. Primero lo observamos y por fuera no se veía nada extraño, por el contrario, todo lucía tranquilo en aquella cuadra del Barrio Alto.

Nos estacionamos a una distancia prudente en una calle lateral y Amanda encabezó la misión dirigiéndose hacia la puerta de reja del servicio con

una frazada y otros enseres. Mientras ella distraía a la empleada con esos objetos para su hermano, Marcela y yo hicimos una "sillita de manos", y el Guatemalo, que afortunadamente era bajo y delgado, montó en ella y ágilmente trepó por el muro lateral y saltó hacia el jardín. ¡Estaba a salvo!

Salimos lentamente, haciéndonos las tontas, y al llegar al auto, encender el motor y partir, dimos un suspiro de alivio y nos reímos de alegría y satisfacción. Además, aflojamos la enorme tensión nerviosa.

Este éxito nos dio confianza y energía para decidarnos a asilar a continuación al brasilero Chico López de Oliveira. Pero nos enteramos de que la embajada de Honduras estaba ya bajo vigilancia de Carabineros, lo que corroboramos al pasar previamente observando desde la Renoleta.

Como este tipo de información volaba ágilmente en nuestros círculos de compañeros, supimos que sería posible asilarlo en una dependencia de la embajada de Panamá, situada entonces en calle Bustos, comuna de Providencia. El gobierno del general Omar Torrijos había apoyado a Allende y lo seguía haciendo ahora acogiendo a sus partidarios acosados por los golpistas. Fuimos a hacer el reconocimiento del lugar y vimos que el edificio no tenía vigilancia. Había que hacer la operación de inmediato.

Recogimos a Chico en casa de Marcela, se echó al suelo del asiento trasero y partimos hacia la nueva embajada. Claudio tocó el timbre del edificio, abrieron y por la puerta entornada vio que el hall estaba lleno ya de asilados, todos amontonados y de pie en el living. ¡Ya no cabían sentados!

Le explicó al funcionario que traía a un brasilero. El funcionario se encogió de hombros y abrió la puerta como diciendo "vamos a ver si puede acomodarse..." Claudio lo empujó hacia dentro despidiéndolo con fraternales palmoteos en la espalda.

Chico tuvo que quedarse de pie varios días, como la mayoría de sus compañeros de asilo. Años después supimos que había conseguido ser huésped de Suecia, país donde los exámenes médicos de rigor le detectaron tuberculosis. Tras un largo tratamiento y buenos cuidados se recuperó y se quedó en ese país, donde murió muchos años después.

"CASA DE SEGURIDAD"

Como se ha visto, eran tiempos de refugiarse en casa a personas perseguidas por su militancia en la Unidad Popular o simplemente ser sospechoso de serlo, y de buscar asilo para los compañeros más comprometidos con ella. Y quienes los ocultaban eran igualmente castigados por la represión. Como era peligroso que los vecinos vieran gente distinta en casa, a nuestros hijos les decíamos que nuestros refugiados eran parientes que venían de regiones a pasar algunos días en la capital. Y cruzábamos los dedos para que ni siquiera esto lo comentaran con sus amiguitos del barrio.

Pocos días después del Año Nuevo de 1974, recibimos en esa calidad a Amanda Puz, la que nos enseñó la "técnica" de asilar perseguidos políticos, ex colega del semanario *Vea* en Zig Zag y vecina de Vitacura.

Amanda no militaba en ningún partido, pero definitivamente estaba comprometida con la izquierda. Su marido en cambio, Darío Poblete, también periodista, era afín a la Democracia Cristiana, partido cómplice del Golpe. Como Amanda trabajaba en *Paula* y Darío en *El Mercurio*, por sus labores y contactos estaban acostumbrados a los ambientes elegantes y no se les ocurrió nada mejor que ir a distraer las penas y pasar el Año Nuevo de 1973 a 1974 al Hotel O'Higgins de Viña del Mar.

Llegada la medianoche, en una mesa se levantan los comensales y, champaña en mano, brindan por el triunfo de la Junta Militar al ritmo marcial del Himno Nacional. Todos se pusieron de pie con la copa en alto... menos nuestros amigos. ¡Y se armó el escándalo! Comenzaron por hostilizarlos lanzándoles migas de pan a la mesa. Luego les gritaron "¡*upe-lientos!*" y los expulsaron del lugar.

Después se supo que en ese comedor había importantes oficiales de la Marina, cabeza del golpe, que no toleraron su actitud rebelde. Al poco tiempo, le soplaron a Amanda que la relegarían a Putre, un pueblito fronterizo cordillerano de la I Región, a 2.190 kilómetros de Santiago. De inmediato abandonó su hogar y comenzó a peregrinar noche a noche en casas de diferentes amigos mientras se buscaba una embajada donde asilarla. Con nosotros estuvo un par de días.

Poco después, se asiló en la embajada del Perú y Darío, solidario con su esposa, se internó con ella. Ambos se fueron exiliados a Francia. Ella

se encuentra aún allá. Aunque ha vuelto temporalmente a Chile en varias ocasiones, nunca pudo regresar definitivamente pues sus hijas se casaron y formaron familia con franceses.

En otra ocasión, nos llegó un misterioso compañero para ocultar. Era bajito, moreno, taciturno, callado. Trataba de pasar inadvertido siempre. Nunca habló una frase. Apenas el saludo y las gracias. Estuvo sólo una noche con nosotros y nunca supimos su nombre. Años después nos enteramos de que se trataba de un diputado comunista de Curicó que se había arrancado de un camión donde lo llevaban detenido junto a otros prisioneros. Huyó en medio de los balazos con que los soldados trataron de impedir su fuga y se vino a Santiago ¡a pie! (200 kilómetros), escabulléndose por caminos cordilleranos, durante varios días, alimentándose de malezas y bichos y durmiendo a la intemperie... Terminó sus días en Irlanda, país donde vivió su exilio.

María Eugenia Camus, colega periodista que trabajaba en la revista juvenil *Onda*, en Quimantú, era mirista activa y muy firme en sus ideales. Solía ir a conversar con mis compañeros de Documentación para analizar la coyuntura política.

Ocurrido el golpe, la persecución contra el MIR fue tanto o más implacable que hacia comunistas y socialistas. "El MIR no se asila", era su consigna y todos sus militantes debían pasar a la clandestinidad donde algunos de ellos se preparaban (o más bien soñaban hacerlo) para la acción armada contra los milicos. Pero no tuvieron el equipamiento ni la organización suficiente para enfrentar a un ejército regular como el chileno.

Cheña, como la llamábamos, llegaba a menudo a vernos –seguramente vio en la nuestra una "casa de seguridad"– contándonos los horrores de la represión hacia sus compañeros. Sabía mucho, lo que era muy valioso en esos días de desinformación total con la prensa censurada (la escrita, reducida en los primeros días a dos diarios, *El Mercurio* y *La Tercera*). Rara vez hablaba de su compañero "Mario", también activo mirista.

Nos contó que la Aviación, al igual que las otras ramas de las Fuerzas Armadas, contaba con una policía secreta, en este caso la SIFA (Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea), especializada en cazar altos líderes y militantes del MIR, a los que llevaba prisioneros a la temida Academia de

Guerra de la Aviación (AGA), cerca de nuestra casa en Avenida Las Condes. También de los campos de detención y de tortura que el gobierno golpista iba creando, como Villa Grimaldi, Tres Alamos, Cuatro Alamos, la Venda Sexy.

En verdad, recogíamos valiosa información de distintas fuentes. Las reuniones sociales en esos días consistían justamente en reunirnos todos los ex UP para intercambiar noticias. Era una necesidad vital. Así supimos muy pronto de más campos de detenidos, como el Estadio Nacional, Rítoque, Chacabuco, Pisagua, Melinka y Dawson.

En una ocasión, Cheña llegó a casa con Juan Carlos, un compañero treintón, tímido y agradable, que era seguido por la SIFA. Conversaron largo rato y esa noche Juan Carlos se quedó con nosotros hasta la mañana siguiente. Era el compañero de Gladys Díaz, periodista mirista también, presidenta del sindicato de periodistas radiales, con quien se encontrarían al día siguiente en nuestra casa. Al poco tiempo, Gladys viviría su propio calvario en Villa Grimaldi.

Años después, comprobamos con horror y tristeza que el nombre de Juan Carlos formaba parte de la lista de 119 miristas asesinados en la Argentina, en aquel repudiable caso en que la dictadura pinochetista montó un operativo transnacional (la "Operación Colombo", parte de la Operación Cóndor) haciéndolos aparecer como muertos tras un supuesto enfrentamiento entre ellos. Para este montaje, se creó el diario *El día* en La Plata, Argentina, periódico que apareció una sola vez, junto con otro similar en Curitiba, Brasil.

La prensa cómplice en Chile reprodujo la mentira. El vespertino *La Segunda* de la Empresa El Mercurio, que dirigía Mario Carneyro, alcanzó el máximo de cinismo y crueldad con un titular de primera página que decía "Exterminan como ratas a miristas".

La persecución contra el MIR proseguía. En 1974, por la traición de Leonardo (el Barba) Schneider que se pasó al bando de la SIFA, tomaron preso a "Mario" (su chapa), el marido de Cheña. Lo llevaron a la temida Academia de Guerra en Las Condes, dirigida entonces por el General Fernando Matthei, posteriormente miembro de la Junta Militar. Allí torturaban a los detenidos para obtener información acerca de sus planes

de resistencia, nombres de dirigentes, etc. Allí murió el general Alberto Bachelet, padre de la futura Presidenta Michelle Bachelet. Encabezaba esta represión el odiado coronel Edgar Ceballos. Durante su permanencia allí, "Mario" sufrió indecibles torturas físicas y psicológicas, al punto de intentar suicidarse, huellas de lo cual quedó en sus muñecas.

En esos momentos duros, Cheña buscó refugio en nuestra casa junto con su hijo Sergito, que no llegaba a los dos años, y durmió en la misma cama con nuestra Valeria, de edad similar. Cheña era muy valiente, decidida y porfiada. Fue a visitar a "Mario" a la AGA las pocas veces que se lo permitieron y hasta conversó con Ceballos abogando por su marido. Persistente, consiguió que lo liberaran y a fines de ese año partieron al exilio, que vivieron en París. Poco después, durante nuestro viaje a Europa, tendríamos el gusto de re-encontrarlos allá y compartir unos días de recuerdos y nueva información del Chile bajo dictadura.

En octubre de 1975 las fuerzas de la DINA descubrieron el refugio de Miguel Enríquez, el máximo dirigente del MIR, en una casa de la calle Santa Fe, comuna de San Miguel, donde fue abatido junto a sus compañeros, que se defendieron con armas. Su compañera de entonces, Carmen Castillo, que esperaba un hijo suyo, quedó tirada en el suelo, pero sobrevivió y se fue también a París. Su hijo no lo logró. (De ahí que el único hijo que dejó fue Marco, fruto de su previa relación con la periodista Manuela Gumucio).

Una noche golpea la puerta Gonzalo (Payo) Grondona, mi compañero de labores en Quimantú. Venía a despedirse. Si bien aún no lo habían ido a buscar, tenía temor por su militancia MAPU y principalmente, por su ahora silenciada carrera de cantautor. Sus canciones ensalzaban el camino al socialismo del gobierno popular y denunciaba el fascismo. Una de sus canciones, "El golpe de Estado", fue premonitoria. Deprimido como tantos chilenos por esos días y aconsejado por amigos y parientes, decidió marcharse del país.

Nos anunció que se iba a la Argentina en tren y andaba repartiendo entre sus amigos sus escasos bienes del departamento que ocupaba con Chico López de Oliveira en una de las Torres de San Borja. A nosotros esa noche nos dejó unas tacitas de café de cerámica verde, una fuente de greda, muchos de sus discos LP (vinilos) y un archivador lleno de letras de canciones de su amigo Patricio Manns, que quería resguardar de la furia fascista.

Después de estar un tiempo en la Argentina, donde conoció a su única esposa, correteado como tantos otros chilenos por la triple A, emigró nuevamente a un largo exilio en la Alemania Democrática. Allí trabajó en una fábrica trasladando tornillos de un mesón a otro, según nos contaría al regreso.

Esos discos suyos, más los nuestros del Quilapayún, Angel Parra, Mercedes Soza y otros artistas comprometidos con el cambio social, estuvieron semi ocultos por largo tiempo, en un closet. Hasta que gustó a alguno de los tantos ladrones que nos entraron a robar al bungalow de calle Sacramento con Tupungato. Pero las tacitas verdes de cerámica, así como la fuente de greda, aún adornan nuestra mesa. Nos recordaron al Payo mientras estuvo en el exilio, así como ahora nos lo recuerdan en una más dura ausencia: tras un accidente vascular que lo dejó como zombi y de meses recluido en una casa de reposo en Villa Alemana, V Región, falleció en agosto de 2013 en el Hospital Van Buren de su amado Valparaíso a los 68 años.

Durante mis vacaciones forzadas en noviembre de 1973, antes del despido de Quimantú, dejamos nuestra casa como refugio a los compañeros en resistencia. Mi elección fue María Angélica (Jupy) Alvarez, ex compañera IC y entonces mirista, quien quedó encargada de “cuidarla”. Bajo ese “manto” se convirtió por tres semanas en una “casa de seguridad” del MIR.

Durante nuestra ausencia, Marcela –con quien Claudio había dejado llaves de la casa por si surgía cualquier emergencia– sabiendo que estábamos en la playa llegó confiada un día para prestarla a una célula comunista que necesitaba un lugar de reunión. Cuando vio movimiento adentro, asombrada tocó el timbre, y se encontró con que estaba ya ocupada... ¡por otro grupo clandestino!

GABRIELA MISTRAL, EX-QUIMANTÚ

En las jornadas siguientes al Golpe, todos los días al mediodía iba a dar una vuelta a Quimantú, ya tomada por los milicos, para ver si podía volver al trabajo. Decenas de trabajadores y empleados nos juntábamos ante la puerta principal aún cerrada y permanecíamos horas sobre la amplia vereda de Avenida Santa María a la espera de alguna novedad.

Los invasores no nos dejaban entrar. Nos consideraban “peligrosos subversivos” que desde allí habíamos divulgado masivamente “el cáncer del

marxismo”, como lo llamó Gustavo Leigh, uno de los generales traidores de la Junta Militar. Les aterraban las nuevas colecciones de libros y revistas de Quimantú que se vendían a bajísimos precios en los kioscos llevando la cultura al pueblo. Mientras esperábamos en la acera, destruían miles de ellos en los talleres y en las oficinas revisaban nuestros antecedentes para saber a quiénes despedir de inmediato.

Sólo a la semana siguiente al golpe nos permitieron entrar. Ahora se llamaba Empresa Editora Gabriela Mistral y la dirigía Diego Barros Ortiz, un comandante de aviación en retiro con algún pasado literario. Fuimos recibidos por uno de los nuevos ejecutivos de la empresa: Hernán Errázuriz Talavera, hermano del empresario y ex diputado Francisco Javier (Fra Fra) Errázuriz, explotador de trabajadores paraguayos. Con el ceño adusto y a gritos, aquel energúmeno interrogó uno por uno a empleados y periodistas. Solo se libraron las autoridades legales de Quimantú, que no se presentaron a tan humillante situación.

Errázuriz nos pedía el nombre, buscaba en una larga lista que tenía ante sí y luego escupía órdenes como milico: “¡Está despedido!” Lo peor era cuando te decía que estabas despedido por el decreto 32, recién creado por la Junta Militar, pues indicaba que eras un extremista peligroso y podías causar daño a la empresa que te acogiera. Eso te dejaría marcado por toda la dictadura, sin poder conseguir un nuevo puesto de trabajo. A los despedidos los hacían firmar un papel donde se afirmaba que te ibas por renuncia voluntaria.

Yo estaba ahí, esperando oír mi nombre, cuando le tocó el turno a Diana Arón, la hermosa colega mirista que trabajaba en *Onda* y que a menudo concurría a Documentación a charlar con mis compañeros. Era hija del hombre de radio y publicista Lucho Arón. Cuando Errázuriz Talavera le comunicó su despido por el decreto 32 y le pasó el papel para firmar, Diana le gritó a su vez: “¡O me echa o me hace firmar esta huevá...! Pero las dos cosas ¡no!” Se dio media vuelta y se fue, ante el estupor e indignación del fascista.

Una sola vez más volví a ver a Diana. Fue en la calle Ahumada, un día en que había instrucciones de los partidos desde la clandestinidad, de pasearse por calle Ahumada para animarnos entre nosotros demostrando que estábamos vivos y organizados. La DINA supo de esto y salieron también con sus detenidos como cebo. Diana iba con una sonrisa permanente. Me

vio, desvió la mirada, y ambas seguimos nuestros caminos como si no nos conociéramos. Más tarde supimos que a los detenidos los hacían pasearse por lugares concurridos para detectar a quiénes saludaban o quiénes los saludaban para tomarlos también prisioneros. Diana me salvó la vida esa mañana. Hoy aparece en las listas de detenidos desaparecidos de 1974.

Volviendo a la empresa, al llegar mi turno y dominando el temor me paro frente al energúmeno Errázuriz Talavera, le confirmo mi nombre y le digo que trabajo en Documentación. Yo era jefa de la sección desde que María Teresa Moraes se había ido del país meses antes. Buscó en la lista, levantó su fría mirada y me gritó: “¡Váyase ya a ordenar los libros!”. Disimulé un suspiro de alivio y me dirigí a mi oficina.

Pasé por las semi vacías dependencias de la empresa. Faltaban muchos compañeros: los que no volvieron porque sabían lo que les esperaba, o los que estaban en otras tareas resistiendo el golpe... o ya eran prisioneros. Los pocos que subsistían permanecían en silencio, cabeza gacha sobre sus escritorios. Los menos aporreados eran los empleados de Administración, sección donde no había *upelientos*, pues allí permanecía el personal antiguo de Zig Zag. Ellos miraban lo que pasaba a su alrededor en una actitud de conformidad o reproche como diciendo “¡ustedes se lo buscaron!”.

Las amplias oficinas de Documentación estaban desiertas. Encontré sólo a Dina, la secretaria. No sólo estaba vacía de personas sino también de libros y carpetas. En los días que nos negaron la entrada habían hecho una “limpieza”. Esa imagen fotográfica que recorrió el mundo donde unos soldados queman libros en las afueras de las Torres de San Borja en Santiago, son simbólicas de lo que pasó en Quimantú, pero centuplicado. Picados en las máquinas de Talleres destruyeron miles de libros y revistas, y requisaron la mayor parte de nuestro trabajo de recortes de prensa. Obviamente, dejaron de llegar las publicaciones extranjeras a las que estábamos suscritos, aunque solo fueran de línea progresista.

En esos desolados días tenía poco que hacer, de modo que me puse a revisar lo que quedaba. Encontré un ejemplar de mi libro “Fascismo ayer y hoy”, un documento gráfico sobre el fascismo en el mundo y en Chile, con sus representantes más conspicuos. Aparecían muchos chilenos, algunos de los cuales ya eran asesores o ministros de la Junta Militar. Lo habíamos producido Ciro Bustos y yo, y nuestros nombres estaban allí, en letras de

molde. No alcanzó a difundirse en los kioscos, pues se había impreso sólo en agosto, semanas antes, pese a que se había terminado de editar en diciembre de 1972. Rápidamente lo escondí entre mis ropas y me lo llevé a casa, rogando que no quedaran otros ejemplares que me pudieran delatar.

Revisando más y más papeles, me encontré con una caja donde había unos mapas o planos profesionales de la Corfo (Corporación de Fomento) o de la empresa nacional de electricidad Endesa, no recuerdo bien, con indicaciones precisas de caminos y trazados de cables de alta tensión y distribución eléctrica. Entonces hice algo temerario: día tras día fui sacando estos mapas escondidos en mi ropa y los entregué a mis enlaces políticos en sucesivos "puntos", pensando que podría dárselos "buen uso"... es decir, era para contribuir a los apagones de luz o sabotajes. En esos días, enrabiados e impotentes porque nos habían arrebatado nuestro sueño y asesinaban y maltrataban a nuestros líderes, éramos capaces de muchas locuras. Todo por amor a la causa, que entonces no sabíamos estaba tan perdida.

Hacia fines de octubre, mientras veían qué hacían conmigo en la nueva empresa Gabriela Mistral —¡nuestra Premio Nobel se debe haber dado vueltas de rabia en su tumba!—, me llaman de Administración y me ordenan tomar vacaciones.

Esas vacaciones forzadas de noviembre del 73 fueron muy extrañas. Claudio pidió también las suyas en El Mercurio, las que le concedieron gustosos. En las empresas siempre hay problemas de calendario vacacional en los meses *peak* del verano, es decir, enero y febrero, pero nunca en noviembre.

Mis padres nos prestaron la casita familiar costera en Guaylandia, El Tabo, y allí nos quedamos unas semanas descansando... o al menos tratamos. Nos sentíamos aislados, solitarios en una playa que se llenaba en los meses de verano, pero donde ahora no había nadie. Menos en esos tiempos tan revueltos, en que nadie se movía de su casa o de su lugar de trabajo... los que lo tenían aún.

Antes de empezar a oír los horrores que cometía la Junta Militar, ya estaba preocupada. De la posibilidad de un allanamiento a nuestra casa. De que nos tomaran detenidos. Incluso la pena menor, la cesantía, pesaba. Y no sólo por el perjuicio económico que ello te causaba, sino porque quedabas marcada como marxista peligrosa, persona no fiable.